

Cuadros

Alberto Zamuner

Cuadros...

Cuento

Alberto Zamuner

Capítulo 1

- Cuatrocientos seis...

Un señor gordo de traje se instaló ante la caja y recibió una importante suma. La guardó en su maletín y se fue transpirando apuro.

- Setecientos cuarenta y cinco...

- Ay, yo... - una chica apareció casi bailando entre el amontonamiento, cobró su cheque como en un juego y se alejó con la despreocupación de los que nunca trabajan.

- Ciento cuarenta y cuatro...

Una señora de negro, que esperaba casi obstruyendo a los que cobraban, presentó el talón y sus manos aguardaron casi desesperadas el contacto con los billetes. Los contó lenta y desconsideradamente ante la ofuscación general, y se retiró como indignada de que la mirásemos.

- Quinientos ochenta...

¿Cuándo me tocaría a mí?

Apretando el talón entre los dedos, gastando el reloj con la mirada, respirando asqueado el humo de los demás, me resigné otra vez a almorzar tarde. Todo porque al señor Costa se le había ocurrido necesitar efectivo unos minutos antes de mi hora de descanso.

Por lo menos veinte personas esperaban desde antes que yo. ¿Para qué atormentarme al lado de la caja? Me aparté unos pasos para respirar mejor y angustiarme menos.

¿Por qué se fumaría tanto en los bancos? ¿Por qué vendría todo el mundo tan apurado?

Allá afuera se veía el obelisco, estático y digno en medio del hormigueo de inquietudes a sus pies, y a lo mejor un tanto ahogado como nosotros por el aire sucio. El cielo, aun sin nubes, tendía más al gris que al azul. Los ruidos del mediodía rasguñaban mi estómago, ya electrizado por la espera y el prolongado vacío.

Mi impaciencia me llevó a otro sector del banco.

Tras un escritorio vacío vi un cuadro, y se me ocurrió que el que lo

hubiera elegido presentiría nuestra necesidad de ver otra cosa.

Representaba un caserío y algunos árboles nevados. Al fondo, unos cerros enaltecían con su blancura el cielo azul; un azul que habrá sido siempre el del cielo, pero que me sorprendió como lo que se ve por primera vez. A la izquierda, un puente cruzaba un arroyo con la gracia de todo lo hecho por espíritus sencillos.

Me ofuscaron unos bocinazos y alguien que vociferaba por más cajeros. Lo odié aunque tuviera razón, y proseguí paseando la mirada por el camino abierto entre la nieve, casi al otro lado del caserío, por el que un hombre iba junto a un caballo que arrastraba un carro lleno de leña.

“Este vive mejor que nosotros”. “Qué tranquilo... Qué limpio...”

Y quise estar allí. Con todas mis fuerzas quise estar allí.

Alguien dejó un cigarrillo cerca para hacerme sentir peor, y creo haber ofrecido todo el oro del mundo por habitar aquel cuadro. Quise borrar banco y espera de mi alrededor; quise meterme entre verde, blanco, azul y casas ligeramente humeantes. Casi adiviné aquel aire frío, inocente y silencioso.

Por un momento existimos sólo el cuadro y yo. Me pareció como que no hubiera suelo bajo mis pies, como que el mundo callaba respetando mi éxtasis.

Me arrancó de todo aquello la sensación de no poder sostenerme, de resbalar.

Tras una breve conmoción logré equilibrarme, para darme cuenta de que caminaba sobre un suelo de barro.

Entonces vi que a mi lado venía el caballo. Tras él, el carro con leña se quejaba de su vejez.

Me asombro de no haberme asombrado...

Sólo sentí una tardía inseguridad ante lo ya hecho, un fugaz miedo de haber tocado lo intocable.

El frío, la humedad, el peso del barro afligían mis pies, que, como las patas del caballo, se esforzaban a cada paso para despegarse del suelo. El aire, que casi me congelaba la nariz, olía a madera y a tierra húmeda. El carro iba, inestable, trazando dos infinitos surcos. A su costado colgaba el hacha, y en mis brazos y espalda se condensaba el cansancio.

Iba llegando al pueblo.

Los colores de las casas se rebelaban contra la invasión blanca. Aún quedaba algún verde en suelo y árboles.

Eran las primeras nieves.

En medio de tanta claridad algo me ensombrecía por dentro, como si el paisaje y yo fuéramos dos mundos irremediabilmente aislados.

Me estremeció un borroso y singular recuerdo, una especie de ocurrencia de que una vez todo aquello había sido un cuadro que me había prometido absoluta satisfacción. Sentí como que venía desde quién sabe dónde hacia algo que siempre se escurría entre los dedos, que todo lo deslumbrante que había ante mis ojos se apagaba al contacto con mi piel.

¿De qué disfrutar cuando a cada segundo me remordían el frío, el hambre, los montones de leña que en vez de sugerir calor me gritaban que trabajaba inútilmente?

Se contaba que en los pueblos grandes tenían nuevos modos de calentar las casas. Y algo habría de cierto, porque cada vez venía menos gente por nuestra leña.

El caballo, habituado al camino de puro viejo (¿cómo reemplazarlo cuando muriera?), se detuvo ante mi casa.

Entré y vi a mis padres, encorvados de tanto cargar dificultades y afligidos ante un invierno que nos tomaba sin provisiones.

- Hoy tampoco vino nadie - dijeron casi apagados.

El olor de la leña en el fuego, encantador para un estómago lleno, se me hizo mareante y corrosivo. Teníamos frutas secas y algún embutido de carne; pero al no alcanzar para todo el invierno parecían empequeñecerse, agriarse, burlarse de nosotros y de nuestra dependencia.

Lo sabíamos sin decírnoslo: sólo subsistiríamos si alguien nos cambiaba leña por comida.

Sin palabras me tiré en la cama. ¿Para qué seguir saliendo por más leña? Casi envidié a los árboles que mutilaba: su vida era más segura que la nuestra.

Por varios días no fui al bosque.

A veces recordé, como burlándome de mí mismo, algún lejano deseo de vivir sin hacer nada.

Una mañana, paseando entre bellezas que se empeñaban en quedar fuera de mí, que me lastimaban en vez de agrardarme, vi venir por el camino una camioneta.

Se detuvo al cruzarse conmigo, y casi corrí a ver para qué se me requería, mientras se me entremezclaban reproches y justificaciones a mi intento de extraer de aquello algún provecho.

Me vi ante una pareja de mediana edad, extranjera, alegre, bien vestida y alimentada. Dijeron que deseaban pasar unos días en el pueblo y me preguntaron dónde podrían alojarse.

Tras una breve charla me convertí en su guía y servidor.

Como la emigración de varias familias había dejado casas deshabitadas, les acondicioné la más cercana a la mía, casi más contento por tener algo que hacer que por las retribuciones prometidas.

Después vinieron vecinos a canjear algún artículo artesanal por el dinero que a ellos parecía sobrarles. Me fastidió esa casi desesperada succión; pero hacían sencillamente lo mismo que yo.

El hombre no dejaba de fotografiar paisaje y pobladores, y la mujer se pasaba las tardes extasiada ante la naturaleza.

Claro, ellos podían... ellos veían sólo la parte linda.

Similar al hechizo de ellos ante mi pueblo fue el mío ante sus relatos. Me hablaron de selvas habitadas por seres inimaginables, de templos antiquísimos, de ciudades con millones de habitantes, de costas llenas de sol donde se vivía casi sin ropa.

Envidié en silencio su pasado y su futuro.

Conmovidos por mi admiración, me regalaron una fotografía de lo que llamaron una playa, donde en vez de nieve había un suelo amarillento y en vez de arroyo una extensión interminable de agua.

A los pocos días se fueron, dejándonos provisiones que ayudaban pero no cubrirían todo el invierno.

Desde entonces todo me pareció más frío, más descolorido, más inaceptable.

En mis tardes sin nada que hacer, me sentaba a mirar la imagen de la playa.

Bajo árboles de tronco muy largo y extraña copa descansaban personas tranquilas y satisfechas, mientras otras parecían muy alegres dentro del agua. Al fondo se alzaban construcciones que nunca había visto, pero según algunos vecinos abundan en las ciudades.

Aquello era vida... no lo que me había tocado a mí.

Una vez, ya desesperado, me quedé ante esa imagen no sé cuánto tiempo. Dejé de sentir hambre y frío, empecé a marearme y no saber dónde estaba. Por un instante me dije que no podía abandonar a mis padres; pero no sé de dónde me vino la idea de que su hijo era otro, que seguiría con ellos cuando yo me fuera.

Estalló la claridad.

Me acarició una brisa cálida y salada. Instintivamente cerré los ojos. Luego los abrí despacio, recordando algo así como una pesadilla de invierno y pobreza.

Sacudí la cabeza y observé el mar. Me despecé en mi asiento, y aunque reposaba bajo una palmera sentí en mi espalda el escozor de todo un día de sol.

Atardecía.

Tomé de la mesa mi revista, recordé haber leído un poco y no interesarme por el resto. Dudé entre volver al hotel o quedarme allí hasta que anocheciera. Me dio lo mismo.

Finalmente me incorporé, y casi de la nada aparecieron dos empleados del hotel a recoger la mesa y preguntarme si deseaba algo. Les dije que no. Me recordaron la revista y se la regalé. Uno de ellos se puso a hojearla.

Entré al hotel, tres pisos entre palmeras y piscinas.

¿Para qué un ascensorista con semejante uniforme? Me saludó (¿sería tan gentil fuera de allí?) y me dejó en el tercer piso, como si yo estuviera incapacitado para apretar botones o abrir puertas.

Entré a mi aposento. Atendí el teléfono, que empezaba a sonar, y repetí que seguía sin precisar nada.

Vi por el ventanal a las sombras apoderándose suavemente de la playa. A esa hora, cuando el sol va enrojeciendo, desdibujándose, despidiéndose con infinitud de pinceladas en el mar y las nubes, parece reaparecer en

nosotros la sensación de que se va la vida y sigue faltando algo, parece como que quedaríamos espantosamente desabrigados, como que algo nos obligara a hacer un repaso.

Sentí que eso de lo que me distraía recorriendo lugares encontraba siempre el modo de volver. Recordé haber vivido con más ganas cuando las alternativas eran el dinero o el hambre.

Me costaba creer que lo único emocionante de la vida fuera el riesgo de perderla, y que la alternativa era que se volviera todo tan aburrido.

Si existía algo más, no lo había encontrado en todo eso que comúnmente se sueña, ni en los momentos de parar y dejarme alcanzar por la duda.

Fui a ducharme y me tiré en la cama. Al rato estaba preguntándome de qué descansar cuando uno nunca se cansa.

Me vestí y bajé a cenar.

El número artístico de esa noche lo daba un conjunto tropical ¿o melódico? No lo supe; porque junto a empalagosas canciones sentimentales agregaron temas típicos de la región, con más afán de mostrárnoslos que amor a lo que hacían, y uno que otro tema en inglés, que no parecían entender, para agradar al sector mayoritario de los visitantes.

Me dije una vez más que los pueblos que viven del turismo suelen transitar al borde de la prostitución: demasiado esmero por gustar, demasiado ofrecerse y autoexaltarse, demasiada reverencia al cliente, demasiadas manos procurando monedas.

Terminé la cena y me fui a dormir, ansioso de un silencio que nadie ofrecía por no ser vendible.

Al despertar me encontré con un par de cartas por cuestiones de negocios. Volví a preguntarme si me convenía dejar todo en manos de administradores y arriesgarme a algún engaño o manejarlo personalmente, metiéndome a sufrir por pérdidas o ganancias que no modificaban mi vida.

Supe que el descanso dependía más de la ausencia de dudas que de la inactividad; de modo que intenté convencerme de que no tenía ningún problema y me fui a la playa.

Nadé un rato, descansé mirando olas y horizonte, y otra vez la sensación de que todo eso quedaba allá afuera, de que todo lo que parecía deseable me dejaba una y otra vez con la misma sed, con la misma desesperación

por beberme el mundo hasta dejar de sentir que me faltara algo.

Mi aburrimiento iba desembocando en desesperación; pero esa tarde conocí a Mariel.

Chocó conmigo en una zambullida entre las olas. Trató de incorporarse y la tomé de un brazo para ayudarla. Ya de pie, se escurrió el cabello, abrió trabajosamente los ojos y me pidió disculpas.

- No es nada...

Se alejó y me quedé mirándola, aún electrizado por el contacto.

Todo se me hizo un poco más gris. Le encontré menos sentido a mi paseo entre las olas.

Volví a reposar junto a mi mesa y a pasear mi mirada por la gente. ¿Todos se aburrirían como yo? Algunos reían; pero tanto que parecían estúpidos, y no tuve duda en preferir mi vida a la de ellos.

De pronto vi acercarse a Mariel - claro que aún no sabía su nombre.

Estuve seguro de que venía hacia mí. Me entusiasmé y turbé al mismo tiempo.

Pero se detuvo a pocos metros junto a un bolso, sacó una toalla, la extendió en la arena y se recostó.

Sin proponérmelo y sin poder evitarlo, me encontré yendo hacia ella.

Le dije no sé qué tontería sobre nuestro choque. Al rato, casi milagrosamente, estábamos sentados y conversando.

Me contó que trabajaba todos los veranos en una agencia de turismo, y el resto del año lo pasaba con sus padres en un pueblo cercano al mar.

Antes de lo supuesto, me sorprendió ver a nuestro alrededor la playa repentinamente oscura y vacía.

No resignándome a ese presagio de separación, la invité a cenar al hotel.

Mientras los cantantes se me volvían aceptables y hasta simpáticos, nos fuimos contando nuestras vidas. ¿Desde cuándo era yo capaz de hablar tanto? Nunca había estado tan absorto como ante aquellos ojos en que relucía la dulzura del trópico, ante aquella sonrisa que sólo podía dedicarse a uno de entre todos.

Y tuvimos que despedirnos, con la sensación que restaba una infinidad de cosas por decir. Quedamos en vernos al día siguiente, cuando ella terminara su turno en la agencia.

Subí. El uniforme del ascensorista me elevó a la categoría de rey en su palacio.

Entré a mi habitación y descubrí que el sueño, ese capítulo de que cada noche esperaba más gracia que de mis días, amenazaba hoy con silenciar un recuerdo que no quería soltar.

Me dormí muy tarde, tras preguntarme todo lo imaginable sobre el futuro.

Soñé confusamente con ella y los cantantes.

Desperté a media mañana, entre conmocionado y ansioso.

No tuve el menor deseo de ir a la playa; me quedé leyendo cosas inútiles en diarios y revistas.

Trabajosamente llegó el mediodía.

Los manjares se me hicieron insípidos. Los empleados del hotel me parecieron obsecuentes y miserables.

¿Por qué no le había preguntado si salía un rato a almorzar?

Volví a mi cama y esperé. Finalmente decidí ir a la playa por si llegaba antes.

Me instalé en el lugar de siempre; pero al rato no aguanté la impaciencia y salí a caminar.

Entonces vi a Mariel.

Pero ¿cómo era posible? Estaba ante una mesa charlando con un joven de aspecto adinerado y despreciable. Reclinada y apoyando el mentón sobre ambas manos, le dedicaba esa sonrisa que sólo tenía que ser para mí.

No me vio. No quise que me viera.

Me alejé mientras se me nublaba la vista y encendía la sangre. ¿Podía haber sido todo mentira? ¿Podía sonreírle igual a cuantos se le cruzaran?

Pasé junto al hotel y me pareció una prisión horrible.

Seguí de largo y fui ingresando a una calle, vacía porque a esa hora se iban todos al mar.

Descubrí lo que desde hace tiempo sospechaba: no tenía a dónde ir ni nada que hacer.

Mi furia se redujo a un andar desorientado.

Fui desacelerando y parando desganado ante algunos escaparates.

¿Para qué tantas agencias de turismo? Me indignó semejante avalancha de ofertas de felicidad.

Me asaltaron imágenes y sensaciones de mis viajes.

Seguí deambulando, y entre recuerdos ciertos se infiltraron suposiciones de haber estado en muchos lugares más, de venir a la deriva desde siempre para llegar a vaya a saber qué. Se me confundieron anécdotas con sueños, promesas con decepciones, tiempo con espacio, ambientes reconocibles con sitios que nunca podía haber visitado. La luz del sol se me hizo tenue y pobre, y llegué a no saber quién era ni cómo había llegado a donde estaba.

Me detuve porque sí ante otra agencia, y saltó a mis ojos aquella palabra.

“Argentina”.

Debajo, un inevitable gaucho preparando asado. A la derecha prodigiosas cataratas. Más abajo, un obelisco rodeado de ínfimos peatones y vehículos.

Pero si todo esto...

Me sostuve contra el vidrio, mareado, abrumado por mil imágenes y una vaga sensación de recordar.

Dejé de apoyarme y me cubrí los ojos, intentando mantener el equilibrio y descongestionar el pensamiento.

- ¡Tené cuidado, animal!

El grito me obligó a reaccionar. El taxi pasó rozándome la espalda. Sonaron bocinazos, se me vino un colectivo encima y salté hacia donde pude.

Un auto se desvió para no aplastarme. Un paso más y pisé tierra firme en

la Plaza de la República, entre gente apurada y escudos de provincias.

“¿Será posible que uno aparezca de la nada y nadie se dé cuenta? ¿Dónde tienen todos la cabeza?”

- ¡El banco!.. - me dije de repente.

Miré el reloj y no habían pasado diez minutos. Sin preguntarme porqués ni cómo crucé Cerrito a la carrera y me metí en el banco.

Pero ¿y el talón?

No lo tenía. Busqué en mis bolsillos y en el piso; pensé que habría quedado en aquel sendero de barro, y finalmente pregunté en la caja si podía cobrar sin él.

Me miraron como a un infradotado.

Dije que sabía quién firmaba y cuál era el importe, que ya me conocían porque había ido muchas veces; pero me respondieron con imposibilidades y reglamentos.

No había más remedio que volver a la oficina. ¿Qué me dirían? ¿Y qué les diría yo? Lo único posible era que lo había perdido sin saber cómo.

Fui caminando sin mucho apuro, porque ya había perdido demasiado tiempo, porque quería demorar las consecuencias, y porque seguía asombrado y desconectado del mundo.

Me tranquilicé lentamente, y por primera vez en mucho tiempo miré la calle sólo por mirarla.

Se me ocurrió preguntarme si alguno de los que se me cruzaba no habría llegado allí a través de un cuadro.

Me fascinó la idea; pero al fin no le vi mucha diferencia con mis padres, que llegaron en barco, ni con mi vecino, que llegó en tren.

“Tiene que haber algo más serio que cambiar de lugar...”

Llegué.

Saludé a un ascensorista transpirado, sin disfraz ni gentileza, y fui hasta la oficina de don Germán.

- ¡¿Pero vos sos idiota o te hacés?! ¿No sabés que el señor Costa está

apurado? Mirá si alguien encuentra el talón y lo cobra...

- Ya dejé dicho que lo perdí.

No me respondió. Tomó el teléfono y le informó al señor Costa lo sucedido.

- Te va a firmar otro cheque. Andá a su oficina y aguantate las consecuencias.

Nunca había entrado a esa oficina. Fui casi temblando; pero en seguida me obligué a tranquilizarme.

De repente le encontré gracia a la idea de afrontar.

Atravesé una vacía sala de espera y llamé a la puerta.

- Adelante...

Entré, todavía un poco asustado.

El señor Costa era más refinado y gentil que don Germán. Llenó el cheque en silencio y me lo entregó.

- Tómese un taxi que lo necesito en seguida, y cuide el talón.

- Sí... Buenas tardes.

"No era para tanto", me dije al salir.

En la sala de espera vi un cuadro de pastores cuidando ovejas al pie de un cerro maravilloso; pero no me importó.